

«El desamparo de los buenos les dejó sin asidero»

Pepa Bueno debuta como escritora con el drama de los dos hermanos que perdieron a su familia en el atentado de ETA contra la casa cuartel de Zaragoza

ELENA SIERRA

BILBAO. Durante mucho tiempo, padre, madre, hermana fueron palabras que José Mari y Víctor no pronunciaron, que no se dijeron el uno al otro, que no metieron en sus conversaciones. Y es que padre, madre, y hermana de 7 años fueron las realidades que desaparecieron de sus vidas la madrugada que ETA hizo estallar la casa cuartel de Zaragoza en la que vivían. Se habían acostado como siempre, siendo hijo mayor y mediano del matrimonio Pino

Fernández, dos chavales de 13 y 11 años... y cuando se despertaron eran dos huérfanos aterrados intentando no caer al abismo desde lo poco del edificio que aún quedaba en pie. Y cayeron, vaya que sí; porque junto a todas las personas que perdieron aquel 11 de diciembre de 1987, perdieron también la confianza, el amparo, la seguridad, la tranquilidad, el sueño sin pesadillas, los recuerdos, «todo en un instante». Y eso es lo que la periodista Pepa Bueno cuenta en 'Vidas arrebatadas. Los huérfanos de ETA' (Planeta), su primer libro tras décadas dedicadas a contar historias delante de los micrófonos.

Muchos de los colegas de Bueno, cuando se lanzan a escribir libros, debutan en la novela, pero ella tenía claro que el relato no podía ser de ficción. «Cuando la his-



Pepa Bueno publica 'Vidas arrebatadas. Los huérfanos de ETA'. ED. PLANETA

toria vino a mí, supe que solo admitía la no ficción. Es algo muy verdadero, no tiene un final feliz por mucho que cuando acabamos un libro pensemos que siempre lo hay. Es una herida abierta y profunda que determina sus vidas aún hoy». José Mari y Víctor vivieron en lo sucesivo «un desamparo tras otro», todos marcados por los «250 kilos de amonal» que destruyeron su hogar.

En un país que se dirigía hacia la modernidad era como si nadie viera a aquellos hermanos. No

hubo apoyo psicológico ni en un primer momento ni después, ni siquiera cuando los dos ingresaron en la Guardia Civil. «Bien, ¿no?», le contaron a Bueno que les preguntaban, si acaso, alguna vez.

Metabolizar el trauma

De vuelta a Talavera de la Reina, de donde era la familia, los abuelos no supieron hacerle frente a la historia y los mandaron al internado para huérfanos del cuerpo en Madrid. Y allí, más silencio y más desconcierto. «Que los ma-

LA CLAVE

HUÉRFANOS PARA SIEMPRE

«Es una herida abierta y profunda que determina sus vidas aún hoy», asegura la periodista

los pueden hacer cosas malas, eso lo sabían. Pero el desamparo de los buenos los dejó sin asidero», resume la periodista.

Sus historias individuales —«cada uno ha metabolizado el trauma de una manera»— no se habían contado antes. En los 80 y primeros 90 quienes sufrían como ellos debían hacerlo en la intimidad. «Cuando se apagaban los focos, las autoridades, los periodistas, la sociedad, nos íbamos todos y no se hablaba de las víctimas». El mayor ni aparece como víctima en algunos documentos oficiales. Se traspapeló. Cada uno consiguió hacer su vida como pudo y hoy los dos viven en Castro, ahí al lado. «Aquí han construido sus afectos y saben que uno puede ser buena persona o un mal bicho siendo de la tierra que sea, o sin tierra, como ellos».